

GODÀS BASTIDA, F.: *Del Liceu Escolar a l'exili. Els Godàs i Vila, una família lleidatana*, Lleida, Pagès editors, 2019.

La historia del Liceu Escolar de Lleida, fundado el año 1906 y que fue destruido el 1937 por el bombardeo de la aviación italiana, al servicio del franquismo, constituye una de las páginas más brillantes, y a la vez siniestra, de la historia de la educación de nuestro país. Cuando revisamos la trayectoria de aquella institución educativa, constatamos lamentablemente cuán ciertos son aquellos versos de Machado que afirman que «una de las dos Españas ha de helarte el corazón». En efecto, la cultura y la barbarie constituyen la cara y cruz de lo que hubiera podido ser la España de las primeras décadas del siglo pasado, durante aquel periodo que se ha conocido como la «Edad de Plata» de la cultura hispana. De hecho, el Liceu Escolar se conforma como uno de los antecedentes más significativos del movimiento de la renovación pedagógica catalana que, desde un punto de vista historiográfico, se centró inicialmente en la ciudad de Barcelona con la Escuela Moderna (1901) de Ferrer y Guardia y el Presupuesto de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona (1908), con olvido a menudo de lo que aconteció en zonas periféricas. Sin embargo, esta tendencia ha sido rectificada en los últimos tiempos, y así conviene citar con relación a las tierras leridanas los trabajos de Josep Lladonosa sobre el Estudio General de Lleida, su antigua Universidad, la más antigua de Cataluña, que funcionó entre 1297 y 1717, y –entre otras– las monografías de Fernando Jiménez Mier y Terán sobre el grupo *Batec: historia de vida de un grupo de maestros* (2007), uno de los núcleos desde donde se irradió la pedagogía de Freinet en España, con el protagonismo de Dolors Piera que Cèlia Cañellas, con el subtítulo de maestra, política y exiliada, estudió en su día (2003).

También podemos consignar la reciente exposición sobre las hermanas Pepita y Èlisa Uriz, que dejaron su huella en la Escuela Normal leridana, de la que también bebieron Frederic Godàs y Felisa Bastida, considerados como los «hijos de la Uriz», refiriéndose a Josefa Uriz. Con todo, la distancia política con la familia Uriz fue mucha, más aún si la contrastamos con la posición de Frederic Godàs Vila, que militó en el POUM, siendo el último secretario del partido durante la Guerra Civil. Por tanto, estuvo más cercano a las posiciones trotskistas que a las de la estricta observancia comunista de las hermanas Uriz. Ello motivó que Frederic Godàs Vila fuese detenido, acusado de rebelión y encarcelado en 1938 en la checa de la calle Muntaner, 231, de Barcelona, en una torre que acogía la sede central del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) de la República, según él mismo explica en este libro en un relato titulado «El insulto y el miedo comportaron graves consecuencias» (pp. 60-62). Según este texto, incluido en el libro, aquel servicio de inteligencia seguía a pies juntillas las tácticas del KGB. Nada tiene de extraño, pues, que Frederic quedase abandonado, sin el socorro de Josefa Uriz y Hortensia Vallejo, militantes comunistas, a quienes acudió su esposa en demanda de ayuda. Tanto es así que su propia esposa, como recoge el presente libro, liberó a su esposo de aquel encierro, después de que los guardias abandonasen la vigilancia, pero sin excarcelar a los detenidos, pocas horas antes de que las tropas franquistas entrasen en la capital catalana el 26 de enero de 1939. Frederic Godàs –gravemente enfermo por una afección pulmonar desde su infancia y que se agravó en aquella prisión– se refugió en su domicilio y, cuando los policías del nuevo régimen lo iban a arrestar, lo dejaron en casa debido al precario estado de su salud con el consejo de que se escondiese. Excusado es decir que no pudo marchar al exilio, después de refugiarse

en el consulado de Bélgica y contar con la protección de su cuñado, Benjamín Bastida, miembro de Falange. Sin embargo, ello no fue impedimento para que se le exigiesen responsabilidades políticas, por lo que fue sometido a un consejo de guerra. Según fallo del 6 de febrero de 1943, Frederic Godàs Vila –acusado entre otros cargos de ser partidario de la coeducación– fue condenado a 12 años y un día de reclusión, que se rebajó a 6 años y un día, si bien en atención a su estado enfermizo fue «puesto inmediatamente en situación atenuada en su domicilio» (p. 84). En este sentido, uno de los méritos del libro que tenemos en las manos estriba en reproducir una serie de documentos con relación a los procesos abiertos contra los hermanos Godàs Vila y, muy especialmente, contra Frederic Godàs, el único que permaneció en territorio español, viéndose apartado de la docencia para siempre, amén de la condena que recibió. Mientras Frederic Godàs y Felisa Bastida permanecieron en España, en un exilio interior, el resto de la familia, la madre de Frederic, Victorina Vila Badia, y tres de sus hijos (Enric, María y Elvira, con sus respectivos cónyuges e hijos), partieron a fines de enero de 1939 hacia el exilio, primero, a Francia y, pocos meses después, hacia México. Vale la pena señalar que, en su accidentada salida de España, tuvieron que cruzar la frontera a pie, por el puerto de Panissars, de la sierra de la Albera, habida cuenta del colapso que existía en La Junquera para acceder al país vecino. Por su parte, Víctor, otro hermano, se había instalado en París unos meses antes del fin de la Guerra Civil, con la intención de no participar en aquella contienda fratricida.

Es obvio que la historia del Liceu Escolar, sobre todo a partir del año 2006, cuando se cumplió un siglo de su inauguración, ha concitado la atención de los estudiosos que han procedido a una recuperación de su pasado con diversos libros, entre los que destacan los de

Herminia Esteban (*Més que una escola: Frederic Godàs i el Liceu Escolar de Lleida, 1906-1920*, Lleida, Pagès editors, 2006) y el de Ferran Aisa (*El Liceu Escolar de Lleida, 1906-2006*. Juneda, Fonoll, 2013). Y todo ello sin contar con otras publicaciones promovidas por el Institut Municipal d'Educació de Lleida, el año 2006, en ocasión del centenario del *Liceu Escolar de Lleida, 1906-2006*, título de un volumen promovido aquel año, coincidiendo además con la inauguración del monumento que recordaba el bombardeo que destruyó aquel emblemático centro pedagógico, de inspiración progresista, vocación republicana e ideario laicista, que se abrió a la innovación pedagógica. Es interesante apuntar que el Liceu Escolar tuvo extensiones o sucursales en diferentes poblaciones (Balaguer, Almacelles, etc.) de la demarcación de Lleida, lo que confirma su prestigio allende de la capital provincial.

Hay que señalar que Frederic Godàs Legido, promotor del Liceu Escolar, había fundado, junto al doctor Humberto Torres, padre del poeta Màrius Torres, y Alfred Pereña, las Juventudes Republicanas de Lleida. Al morir el 16 de julio de 1920, Frederic Godàs Legido, en la localidad de Senaillac (Francia) cuando se dirigía a Noruega para emprender un viaje de estudios a Noruega, la dirección pasó a manos de Humbert Torres, generándose una etapa de tensiones con Victorina Vila, esposa de Godàs Legido, que durante los años treinta ejerció la enseñanza pública en el pequeño emplazamiento de Éller (Cerdaña). Hay que poner de relieve que la historia del Liceu Escolar se remonta al año 1906, cuando Frederic Godàs Legido y su esposa Victorina Vila Badia, que en 1911 abrió el Colegio Minerva para niñas con el mismo talante innovador, lo crearon el año 1906, en la calle Cavallers, para pasar más tarde a ocupar el edificio de la avenida Blondel, construido expresamente para la docencia escolar y que se inauguró el año 1916.

Aquel matrimonio de dos maestros tuvo cinco hijos de los cuales dos, sobre todo Frederic Godàs Vila y su hermana Elvira, sin orillar a María, se dedicaron a la educación.

Podemos añadir que Federico Godàs Vila, maestro desde 1932, hizo las prácticas en la escuela Pere Vila de Barcelona, que dirigía Félix Martí Alpera, de cuya pedagogía se embebió. Desde un punto de vista político, Frederic Godàs se formó al lado de Joaquín Maurín, sindicalista y maestro, que trabajó en el Liceo Escolar y que al morir el padre de Frederic Godàs Vila, en 1920, cuando este tenía 10 años, se convirtió en una especie de protector a modo de hermano mayor. Ambos, Maurín y Godàs Vila, optaron por una vía política marxista, militando primero en el BLOC (Bloc Obrer i Camperol) para pasar más adelante al POUM, partido al que se integró el BLOC en 1935. Uno de los méritos del libro que comentamos estriba en reproducir el texto que a instancias del autor del libro, Francesc Godàs Batista, escribió su padre, Frederic Godàs Vila, a mediados de la década de los setenta, titulado «Unos aspectos nada políticos de la biografía de Joaquín Maurín y Julià» (pp. 22-34). No vamos a escribir la historia de Maurín, diputado republicano que fue detenido en Jaca por los franquistas y condenado a treinta años de cárcel, de los que salió muy debilitado en 1946 para marchar a América. En Madrid, en aquel 1946 y antes de que emigrara, Maurín y Godàs tuvieron un último encuentro, de alguien que fue un ejemplo vivo en su doble compromiso docente y político, siendo un líder estimado por sus seguidores.

A partir de la primavera de 1936, Frederic Godàs –después de trabajar en el barrio de las Casas Baratas de Barcelona– estuvo al frente de lo que había sido la Protectora de Menores de Barcelona entre 1936 y 1938, cuando fue destituido por su militancia política en el POUM (Partido Obrero de Unificación Mar-

xista), que en los sucesos de Barcelona del mes de mayo de 1937 se situó junto a las fuerzas libertarias de la CNT, lo cual comportó una dura represión por parte de los comunistas, que se hicieron con el control de la situación. Frederic Godàs fue el último secretario del POUM durante la guerra, partido que a su entender cometió el error de pactar con la CNT y de abandonar, por presión comunista, el Gobierno de la Generalitat de Catalunya.

En efecto, desde su juventud se manifestó a favor de la izquierda marxista del BLOC (Bloc Obrer i Camperol), creada el 1930, en oposición a las orientaciones de la tercera Internacional, que seguía el dictado del Komintern. Además, y a pesar de su salud quebradiza, participó activamente en las revueltas callejeras que tuvieron lugar en Lleida con motivo del 6 de octubre de 1934, cuando Lluís Companys proclamó el Estado catalán dentro de la República Federal española. Al formar parte del BLOC, se adhirió a las tesis de una izquierda marxista y catalanista, pero no estalinista, por su política represiva, que se desmarcaba de las indicaciones que procedían de la URSS y que en Barcelona representaba el cónsul Vladimir Antónov Ovseyenko, viejo camarada de los tiempos de la Revolución de Octubre de 1917 y que cuando regresó a Rusia fue objeto de las purgas de Stalin. No en balde, muchos compañeros del POUM desaparecieron, como Andreu Nin, Joan Hervàs y Jaume Trepapat, de modo que bien podemos decir que Frederic Godàs Vila salvó la vida milagrosamente, él que era un agnóstico tolerante.

El autor, que conoce perfectamente la intrahistoria familiar, ha rastreado los orígenes de su linaje, a caballo entre Cataluña y Aragón, en la zona de la Ribagorza y de la Litera, un espacio geográfico ligado tradicionalmente a la ciudad de Lleida y, en muchas ocasiones, con una población catalanoparlante. Después de iniciar estudios de Farmacia, pasó por la Escuela Normal de Lleida, donde conoció a Felisa

Bastida, que se convirtió en su esposa. Cabe señalar que, desde un punto de vista pedagógico, Frederic Godàs Vila se había singularizado por aplicar un método renovador, inspirado en los principios que había visto como alumno en el Liceo Escolar, un planteamiento ciertamente revolucionario respecto a lo que comúnmente se esperaba de una institución dedicada a la protección de menores, un internado cercado, a medio camino entre el cuartel y la cárcel. El sistema pedagógico que aplicó Godàs, bajo la sombra de Rousseau, fue de franqueza y libertad, abriendo las puertas y las ventanas para permitir la libre circulación de los jóvenes que paulatinamente asumieron responsabilidades de autogobierno gracias a la confianza concedida por el nuevo director. Así se implantó una metodología de familiaridad, autonomía y responsabilidad, en régimen de coeducación, acorde con los principios de la nueva pedagogía, basados en el movimiento de la Escuela Nueva, con lo que rompía la inercia correccional y punitiva de aquellos centros más cercanos a prisiones que no a iniciativas formativas, y menos aún, innovadoras. Y ello, precisamente, en sintonía con la filosofía del CENU (Consell d'Escola Nova Unificada), aprobado en julio de 1936, poco después del inicio de la Guerra Civil y que dirigía Joan Puig Elias, con quien Frederic Godàs simpatizó hasta el punto de asumir como propio aquel proyecto educativo, que empezaba con la educación preescolar, y que sirvió para que su hermana Elvira, con una sólida preparación musical, comenzara también su carrera educativa en los municipios de Les Borges Blanques y Figueres, acorde con las ideas del CENU.

Ahora bien, conviene tener presente que el Centre Benèfic de Wad-Ras –nuevo nombre para lo que había sido tradicionalmente la Protectora de Menores, la «Prote», que ocupaba un gran edificio del arquitecto Enric Sagnier– estaba situado en el Poble Nou de Barcelona, cer-

ca del puerto, con lo que niños acogidos corrían serios peligros por los ataques aéreos sobre Barcelona, que se iniciaron en 1937, y que se acentuaron en 1938, con acciones continuadas durante cuarenta y ocho horas los días 17 y 18 de marzo. Al estar cercano a la zona portuaria, los alumnos de aquel centro benéfico se repartieron entre varias colonias, donde los jóvenes continuaron sus ensayos que asimilaban la vida comunitaria a una verdadera república escolar, una realidad que también es recogida en el libro que recensionamos.

Hasta tal magnitud alcanzaron aquellos ataques aéreos que Winston Churchill instó a los ingleses, en el discurso del 6 de junio de 1940, a que soportasen las embestidas aéreas enemigas como habían hecho los habitantes de Barcelona, palabras que justifican que en 2012 se inaugurasen en la Ciudad Condal unos jardines dedicados a su memoria con una escultura del que fuera primer ministro inglés durante la Segunda Guerra Mundial. Es bien sabido que los niños padecieron aquellos bombardeos como una verdadera pesadilla, tal como testimonian la colección de dibujos de los escolares barceloneses que han llegado hasta nosotros y que el grupo de historiadores de la educación de la Universidad de Vic, con Eulàlia Collelldemont al frente, han estudiado de manera precisa, con gran repercusión internacional, ya que la Guerra Civil española –con ataques aéreos sobre poblaciones civiles– fue un ensayo para la inminente Segunda Guerra Mundial. Está claro que no solo Barcelona fue objetivo de la aviación, sino también otras poblaciones como Guernica y Lleida, como más tarde lo serían Granollers, Figueres, Vic y otras más. La intención de los atacantes siempre era la misma: sembrar el pánico entre la gente humilde y sencilla que concurría a las plazas y mercados mal abastecidos para intentar paliar la hambruna causada por la tragedia bélica.

Con este trasfondo, podemos hacernos una idea sobre lo que significó la destrucción del Liceu Escolar de Lleida, al desplomarse el ala izquierda del edificio por efecto de las bombas fascistas, con la muerte de 48 alumnos y 10 profesores. Resulta evidente que este suceso constituye una tragedia que ensombrece nuestra historia de la educación, a la vez que se alza como un referente de primer orden para el fomento de la memoria histórica que se basa en una razón anamnéctica o, si que quiere, rememorante. Si Adorno dijo que había que educarse para que Auschwitz no volviera a repetirse, algo similar podemos apuntar con relación al Liceu Escolar leridano. Siendo así las cosas, la trayectoria del Liceu Escolar, con su trágico final, se ha convertido en un símbolo de la modernidad pedagógica, en una especie de claroscuro donde se dan las dos caras de Jano, la civilidad y la barbarie. Y a este respecto, hay que tener en cuenta que el ataque aéreo sobre Lleida se produjo, como el de Guernica, a plena luz del día, poco antes de las 4 de la tarde. Si el bombardeo de la población que Picasso inmortalizó tuvo lugar el 26 de abril de 1937, el que se produjo sobre la antigua Ilerda acaeció unos meses después, el 2 de noviembre de aquel mismo año, siempre con la intención de minar la moral y sembrar el miedo y la desesperación entre la población civil, una táctica psicológica para precipitar la rendición del enemigo. Todo un atropello ya que se atentaba directamente sobre la gente sencilla que acudía al mercado de Sant Lluís, cuando madres e hijos esperaban que abrieran el mercado por la tarde, o bien a los niños inocentes que asistían tranquilamente a clase. Los aviones italianos hicieron dos pasadas sobre la ciudad, en la primera lanzaron las bombas, mientras que en la segunda ametrallaron a la población indefensa. También otros sucumbieron bajo los escambros. Por este motivo, Lleida –la primera pobla-

ción importante ocupada por los franquistas en Cataluña– se convirtió en una ciudad-mártir y, lo que no es menos importante, allí se aplicó con toda crudeza la política de represión política y cultural que, con el paso del tiempo, se extendió a todo el Principado. Y ello hasta el punto de que la Falange situó su emblema del yugo y las flechas en el piso superior de lo que restaba del edificio destrozado del Liceu Escolar, que así se mantuvo durante años, a modo de aviso y advertencia del nuevo orden político establecido, un aspecto que no pasa desapercibido a Francesc Godàs Bastida en su libro que reproduce dicha imagen, esto es, el Liceu Escolar –un foco de pedagogía progresista, en sintonía con el movimiento de renovación pedagógica de principios de siglo, siempre al abrigo de los ideales republicanos, progresistas y laicistas– coronado con la simbología del nuevo régimen.

Llama la atención que en el bombardeo sobre Lleida no fueran aviones de la Luftwaffe como en el caso de Guernica, sino nueve aparatos del tipo Saboya de la Aviazione Legionaria con base en Soria. Al parecer, la agresión estaba previsto que fuera sobre Tarragona, pero las condiciones meteorológicas que ocultaron la población de Flix cambiaron los planes de la aviación fascista, que concentraron su ataque sobre la capital ilerdense. Durante años, se había atribuido el ataque aéreo a la Legión Cóndor, pero gracias al trabajo investigador de Jordi Guardiola y José Carlos Miranda, que elaboraron el documental *El braç de les fúries (El brazo de las furias)*, confeccionado el año 2007 cuando se cumplían setenta años de aquel fatídico suceso, se evidenció que se trataba de aviones italianos que atentaron contra objetivos no militares sino civiles. Además de las víctimas del Liceu Escolar, se contabilizaron 221 muertos y 700 heridos, todos civiles (p. 170).

Conviene señalar que las palabras «El braç de les fúries» remiten al poema «La ciutat llunyana» del poeta Màrius Torres, que escribió en los primeros compases de 1939, cuando residía en el sanatorio de Puig Olena (Sant Quirze de Safaja) para recuperarse de la tuberculosis que en 1942 acabó con su vida. Se trataba de unos versos escritos por Màrius Torres, que había sido alumno del Liceu Escolar y buen amigo de Frederic Godàs Vila, e inspirados en Baudelaire, que dicen lo siguiente:

Ara que el braç potent de les fúries  
aterra,  
la ciutat d'ideals que volíem bastir...

y que podemos traducir como «Ahora que el brazo potente de las furias abate, la ciudad de ideales que queríamos construir...».

Por lo demás, de las funestas consecuencias de aquel ataque nos ha quedado una buena muestra fotográfica, gracias a la cámara de Agustí Centelles, que aquel día regresaba del frente del Ebro hacia Barcelona y que, al conocer la noticia, retrocedió hasta Lleida para dar testimonio con la cámara –utilizó dos carretes con 35 instantáneas cada uno– del horror y de la barbaridad. El día siguiente, el 3 de noviembre, se procedió a la exhumación de los cadáveres en una fosa común en el cementerio leridano, en medio del dolor y la indignación por tal terrible e injustificado bombardeo, sin objetivos militares, perpetrado sobre personas inocentes. En todo caso, el año 2017, cuando se cumplían ochenta años de aquel luctuoso episodio, tuvo lugar en Lleida la exposición organizada por el Museu Jaume Morera, en colaboración con el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) de Salamanca, que custodia el fondo Centelles, «Agustí Centelles i el bombardeig de Lleida. Crònica d'un reportatge», que revivió aquella tragedia que marca un antes y un después en la historia leridana,

na, con la presencia de diversas personas que sobrevivieron a la catástrofe ciudadana. La exposición se pudo ver en Lleida del 2 de noviembre de 2017 al 4 de febrero de 2018, con gran éxito de público. Meses después, se exhibió en Madrid, en el Centre Cultural-Llibreria Blanqueria, del 5 de octubre al 8 de diciembre de 2018. A su vez, se publicó un espléndido catálogo ilustrado que se puede consultar por la Red y que pone de relieve que Centelles ocupa un lugar de relieve en el mundo del fotoperiodismo, al lado de firmas como Robert Capa. Merece citarse, igualmente, que en el catálogo se da cuenta y razón de las vicisitudes por las que pasó el fondo Centelles, que permaneció en el exilio francés durante décadas, hasta la muerte de Franco, para recalar finalmente en Salamanca, donde a orillas del Tormes se guarda –entre otras muchas placas fotográficas– el recuerdo de la ignominia consumada en Lleida por aquellos aviones facinerosos. Por último, cabe señalar que el año 2006, cuando se celebraba un siglo de la inauguración del Liceu Escolar, y a punto de cumplirse los setenta años de su pérfida destrucción, se erigió enfrente de la antigua sede del Liceu, por iniciativa del Instituto Municipal de Educación de la Paeria (Ayuntamiento) leridano, el monumento *Memòria, dignitat i vida* del artista Agustí Ortega. Se trata de una escultura urbana, de 4,9 metros de longitud y 1,7 de altura, que recuerda la ingravidez de la caída de una hoja de un árbol, y que pone de manifiesto que no deben caer más bombas del cielo. El monumento es de hierro de 1,4 milímetros y evoca los proyectiles lanzados por la aviación italiana.

No extraña, pues, que el autor del libro que nos ocupa, que se ha basado en documentación de archivos y confidencias familiares, constata que las nuevas autoridades franquistas, poco después de que las tropas franquistas ocupasen la capital leridana el 3 de abril de 1938,

después de una dura batalla que en número de víctimas (cerca de cinco mil) recuerda la de Belchite, procuraron eliminar cualquier vestigio de aquella agresión, a fin de intentar borrar de la memoria colectiva aquel atroz desafuero, paso previo para romper el frente que defendía la Cataluña republicana, que veía como la derrota se avecinaba, gracias al apoyo de potencias como la Alemania del iii Reich y de la Italia fascista en favor de la España nacional. Tal como comenta Francesc Godàs Bastida, y ante el elevado número de víctimas mortales, el registro de defunciones se inscribió en un libro aparte que desapareció, así como los periódicos de la hemeroteca correspondientes a los días 4 y 5 de noviembre en que se registró una lista con los nombres de 175 muertos identificados (p. 171).

Después de su destrucción, el Liceu Escolar fue ocupado por la Falange cuando los franquistas entraron en Lleida, en un duro proceso de represión, hasta el punto de que, según el autor del libro que comentamos, el número de personas ejecutadas se acerca a las ochocientas (p. 139). Con el paso del tiempo, y ante la imposibilidad de recuperarlo, extremo que generó tensiones entre Frederic Godàs Vila y su madre, Victorina Vila Badía, refugiada en México, aquel edificio –una joya de la arquitectura escolar, aunque faltaba el ala izquierda por el bombardeo– fue pasto de la especulación urbanística. Lógicamente, durante el franquismo Frederic Godàs, con una precaria salud y una endeble posición económica, no pudo satisfacer la hipoteca que gravaba aquel espléndido edificio que volvió a la propietaria que lo cedió a la Iglesia católica que, a su vez, vendió el terreno sito en la avenida Blondel –una vía céntrica de la ciudad en homenaje al marqués de Blondel– a una entidad bancaria. De ahí que el Liceu Escolar sea hoy un recuerdo del pasado, un signo de un pasado ilusionante que se perdió por la ignominia de la agresión bélica.

Nos encontramos ante un libro que repasa la historia familiar, lo cual constituye un ejercicio de intrahistoria en que los aconteceres domésticos se encuadran en la dinámica de los acontecimientos históricos, hasta tejer un magnífico mosaico del devenir histórico, en una especie de ejercicio de microhistoria muy revelador. De hecho, se dibuja una historia familiar –encontramos a faltar un árbol genealógico– que desde Lleida, pasando por Barcelona, conduce al exilio americano, a donde la familia Godàs arribó a bordo del *Sinaia*, lo que significó la dispersión familiar y así la madre de Frederic Godàs Vila, Victorina Vila, murió en 1962, no habiendo visto a su hijo desde el tiempo de la guerra. Como es notorio, la familia quedó desperdigada y solo pudo reunirse en parte en 1959 sobre el río Segre, cerca de su nacimiento, en territorio francés, en la población fronteriza de Bourg-Madame. Una fotografía solemniza el encuentro familiar entre las familias de los hermanos Frederic, que residía en Barcelona, y Enric, que vivía en América, en el puente sobre el Segre, en un reencuentro familiar cargado de emoción, pero incompleto y con ausencias remarcables.

A mayor abundamiento, señalamos que el libro que nos ocupa ha sido escrito por Francesc Godàs Bastida, nieto de Frederic Godàs Legido y Victorina Vila Badía, e hijo de Frederic Godàs y Felisa Bastida, con una doble finalidad. Por un lado, proceder a un ejercicio de memoria histórica de una saga familiar, comprometida política, social y pedagógicamente y, por otra parte, plantear que esta historia sea ejemplar para los lectores. Está claro, además, que la historia de esta familia sufrió en 1939 una interrupción que llevó a la mayoría de sus miembros a la diáspora, al exilio, si bien Frederic Godàs Vila (1910-1997) permaneció en España, aunque fue objeto durante años de persecución, incluso presidio y la imposibilidad de ejercer el

magisterio, habida cuenta de su compromiso político y educativo. Solo gracias a que su esposa, Felisa Bastida Baile (1915-1988), pudo ejercer el magisterio en las pequeñas aldeas oscenses de Noals y Esplucs, alejadas de los grandes núcleos de población, pudo subsistir no sin fatigas y dificultades la familia Godàs Vila, que en la década de los años cincuenta se instaló en Barcelona, en un piso construido en ocasión del Congreso Internacional Eucarístico (1952) y donde se estableció el matrimonio con sus tres hijos, entre ellos el autor del libro que da pie a este comentario. Seguro que en la concesión de este piso por parte de las autoridades tuvo que ver el hecho de que, durante la Guerra Civil, Frederic Godàs acogiese en el grupo benéfico de Wad-Ras a un sacerdote que pudo salvar la vida de la persecución religiosa que se dio en Cataluña después del 18 de julio de 1936, y que colaboró eficazmente en la obra pedagógica en favor de aquellos jóvenes. Con el paso del tiempo, aquel sacerdote, Francisco Muñoz, llegó a ser el secretario del obispo de Barcelona, Gregorio Modrego Casaus.

Con el transcurso de los años, con casi sesenta años, Frederic pudo volver a ejercer la docencia y así colaboró, después de trabajar en algunas academias, y especialmente con su hermana Elvira que en México había abierto el Kinder Andersen e impartía clases particulares de piano a diferentes hijos de exiliados. Cabe recordar que una de ellas fue una de las nietas de Lluís Companys, María Luisa Gally. Allí se casó, en 1960, con José Ramón Arana (su auténtico nombre era José Ruiz Borau), político y escritor aragonés a quien conoció en el exilio. Finalmente, ambos se instalaron en Castelldefels donde Elvira inauguró el jardín de infancia *Petit Món*, que se amplió con la escuela que lleva el nombre de Felisa Bastida, que corresponde a la esposa de Frederic Godàs Vila y que cedió el título para el funcionamiento de este complejo

educativo que hoy felizmente continua funcionando. Por nuestra parte, añadimos que el que esto escribe tuvo el honor de tratar y conocer a Elvira al final de su vida, hasta el punto de publicar algún trabajo sobre su aportación pedagógica en la época del CENU, en que Elvira contó con el soporte también de su hermano, que durante décadas –bajo el franquismo– se vio obligado a desempeñar diversos oficios, algunos ligados al mundo editorial, a fin de poder subsistir. En el fondo, la familia Godàs, ya fueran los padres o sus cinco hijos, constituyen una saga comprometida políticamente con la izquierda progresista, lo que llevó a emprender el camino del exilio a cuatro de los cinco hijos y a la madre, habida cuenta de que el padre –Frederic Godàs Legido– había fallecido, como hemos visto, en 1920.

Llega la hora de poner fin a esta reseña que, del mismo modo que el libro que nos ocupa, quiere ser también un homenaje a Frederic Godàs i Vila, que participó en diversas jornadas histórico-educativas en las que expuso sus vivencias y experiencias educativas, y que, además, fue el primer presidente de la Societat d'Història de l'Educació dels Països de Llengua catalana, la primera de su índole que se formalizó en España (1979). Con el paso de los años, fue nombrado presidente honorario, siendo substituido por Jordi Monés Pujol-Busquets, que falleció en pleno confinamiento el mes de marzo de 2020. En su día, Jordi Monés escribió un documentado artículo elogiando la trayectoria vital y el compromiso político de alguien que, a pesar de la debilidad de su salud, siempre luchó contra la injusticia social. Tal como recuerda su hijo, aunque Frederic Godàs Vila falleció en 1997 recibió a título póstumo en 2019 la medalla del presidente Macià. Una anécdota postrera: cuando Francesc Macià, recién regresado del exilio belga en 1930, visitó Lleida, fue Elvira

Godàs quien le ofreció el correspondiente ramo de flores. Bien mirado, no podía ser de otra manera, habida cuenta de la filiación política de la familia Godàs, de la que da buena cuenta y razón este libro, escrito con piedad filial y devoción familiar que, además, traza

el largo itinerario que va del Liceu Escolar (1906) de Lleida al exilio, ya fuese interior como el caso de Frederic Godàs Vila, o exterior como sucedió con el resto de la familia.

JORDI GARCIA FARRERO